

Aquella última ola

Autora

Begoña Ibarrola

Ilustraciones de

Myriam Ratés



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN,
POLÍTICA SOCIAL Y DEPORTE

SECRETARÍA DE ESTADO
DE POLÍTICA SOCIAL

IMERSO



PRINCIPALES
PROYECTOS

Esta publicación está subvencionada por el Programa Europeo Comunitario para el Empleo y la Solidaridad Social- PROGRESS (2007 - 2013)

La decisión nº 1672/2006, que establece un Programa comunitario para el Empleo y la Solidaridad Social - PROGRESS, fue adoptada por el Parlamento y el Consejo Europeo el 24 de octubre de 2006 y publicada en el OJ el 15 de noviembre de 2006. Su principal finalidad es apoyar financieramente la implementación de los objetivos de la Unión Europea en materia de empleo y asuntos sociales tal y como se recoge en la Agenda Social Europea, y por lo tanto contribuye a la consecución de los objetivos de la Estrategia de Lisboa en estas áreas.

La misión del PROGRESS es fortalecer la contribución de la Unión Europea apoyando los compromisos de los Estados Miembros así como los esfuerzos para la creación de más y mejores empleos y construir una sociedad más cohesionada. A este fin, el PROGRESS:

- Proporciona análisis y asesoramiento en las áreas políticas objeto del mismo
- Hace seguimiento e informa sobre la aplicación de la legislación de la Unión Europea y sobre las áreas políticas del PROGRESS
- Promueve intercambios de experiencias, aprendizaje y apoyo entre los Estados Miembros sobre los objetivos y prioridades de la U E
- Transmite la visión de las partes implicadas y de la sociedad en general

La información contenida en esta publicación no refleja necesariamente la posición u opinión de la Comisión Europea.

Primera edición: 2008

© Instituto de Mayores y Servicios Sociales (IMSERSO)

Ministerio de Educación, Política Social y Deporte

Secretaría de Estado de Política Social, Familias y Atención a la Dependencia y a la Discapacidad

Instituto de Mayores y Servicios Sociales (IMSERSO)

Avda. de la Ilustración, s/n. - c/v. a Ginzo de Limia, 58. 28029 MADRID

Tel. 913 638 925. Fax: 913 638 880

e-mail: publicaciones.imserso@mtas.es

<http://www.seg-social.es/imserso>

NIPO: 661-08-019-7

D.L.: M-41004-2008

Imprime: Albe Impresores, S.L.



Aquella última ola

Begoña Ibarrola

Ilustraciones de Myriam Ratés

Tercer Ciclo de Educación Primaria

AQUELLA ULTIMA OLA

Era media tarde y el sol de invierno preparaba su despedida con un impresionante despliegue de colores. Aun así, Alfonso permanecía en la playa hojeando un periódico, sentado en una roca, con una chaqueta de lana azul y su inseparable gorra del mismo color.

Las olas se le acercaban y se iban, y él ni siquiera las miraba, absorto en la lectura o quizás en sus pensamientos. Tantas veces había contemplado el mar, que ahora no le llamaba la atención, sólo era un paisaje de fondo, un decorado sobre el cual se había representado la historia de toda su vida.

A poca distancia, como todas las tardes, Manuel paseaba a su perro antes de volver a casa para seguir con sus obligaciones de estudiante, ayudar a preparar la cena y bañar a su hermano pequeño.

Pero aquella tarde se quedó mirando un buen rato las enormes olas que rompían contra el muelle sin importarle el frío ni los ladridos de su perro Caín, porque estaba como hipnotizado y a la vez un poco asustado de ver la fuerza del agua golpeando las rocas.

Mientras miraba el mar, vio a aquel hombre sentado en una roca en la playa, como todas las tardes y por un momento dejó de prestar atención a las olas y se preguntó qué haría allí.



Se acercó tímidamente y le dijo:

— Buenas tardes, señor.

El hombre se volvió y le contestó, mientras acariciaba al perro:

— Buenas tardes, pequeño.

— No soy tan pequeño, ya tengo doce años.

— ¡Ah! Entonces perdona, joven.

Manuel sonrió. Nunca le habían llamado «joven» y le gustó.

— ¿Qué hace usted aquí? Le veo todas las tardes cuando saco a pasear a mi perro. ¿No tiene frío?

— Pues no, ya estoy acostumbrado. Te aseguro que en alta mar sí que hace frío. Por cierto, ¿cómo se llama tu perro? Se parece mucho a uno que tuve cuando navegaba. Me lo llevaba conmigo al barco y le encantaba ponerse sobre sus patas traseras sobre la proa y ladrar a las gaviotas

— Se llama Caín.

— ¡Que nombre tan curioso! ¿Por qué le pusiste ese nombre?

— No sé, quizás porque era muy malo. Cuando me lo encontré en la calle, no me obedecía en nada. Al principio creí que tenía la rabia porque no dejaba de ladrar y se asustaba mucho cuando me acercaba, pero el veterinario me explicó que su comportamiento era normal en un perro maltratado, así que me dio pena y no lo abandoné.

—¿Es que pensaste en abandonarlo?

—Bueno... pues sí. Yo quería tener un perro normal, que me hiciera caso, que fuera cariñoso y que pudiera jugar con él, y los primeros días no se dejaba ni acariciar. Menos mal que poco a poco fue cogiendo confianza y ahora es mi mejor amigo.

Entonces se dio cuenta de que aquel hombre no le había contestado y volvió a preguntarle:

—¿Por qué viene todas las tardes a la playa aunque haga frío?

—Perdona, joven. Tenía que haberme presentado. Me llamo Alfonso y soy pescador, bueno, lo era.

—¿Es que ya no sale al mar?

—No, porque ya soy muy mayor para faenar. Desde que no salgo a pescar vengo a la playa todos los días un rato. Necesito estar cerca del mar, sin él es como si me faltara el aire.

—¿Y alguna vez vio olas tan grandes como éstas?

—Ya lo creo. Recuerdo una ola enorme, tan alta como una casa de cuatro pisos. Era otoño, y ya habían terminado las mareas vivas; sin embargo aquella ola gigantesca nos embistió de lado y el barco se dio la vuelta. Pudimos salvarnos de milagro, pero uno de mis compañeros se golpeó en la cabeza cuando la barca volcó y desde entonces ya no es el mismo...

Alfonso bajó la cabeza y se quedó en silencio recordando aquellos momentos tan amargos y Manuel se dio cuenta de que no quería seguir hablando, así que le dijo:

—Lo siento mucho, tengo que irme, mi madre estará ya preocupada.

—Lo comprendo Que tengas buena tarde.

—¿Estará aquí mañana?

—Por supuesto, no faltó ningún día. Y si alguna tarde no me ves, entonces es que estoy muerto. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

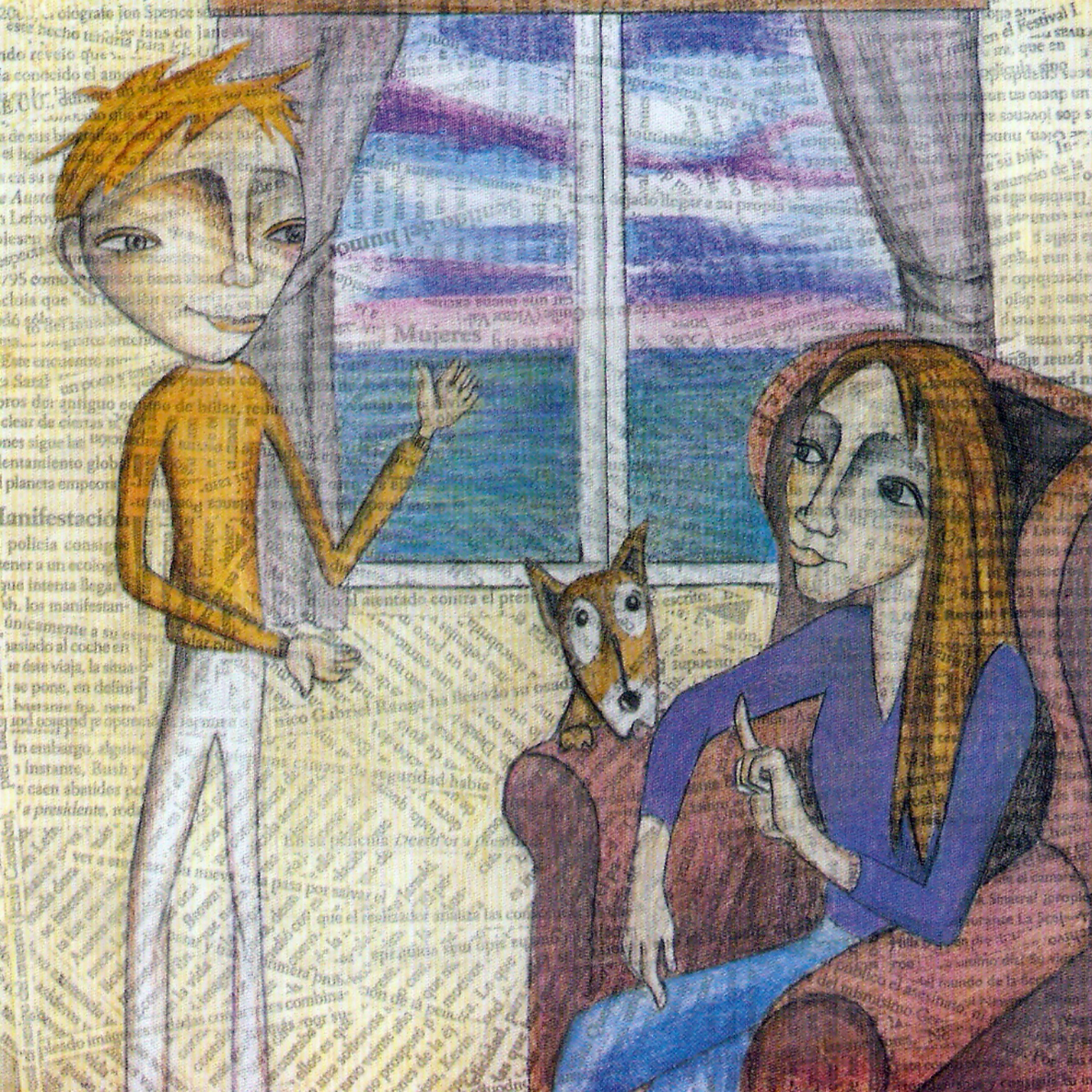
—Me llamo Manuel —contestó mientras le decía adiós con la mano y corría seguido por Caín al que le encantaba perseguirle.

Al llegar a su casa, le contó a su madre que había conocido a un pescador y que había estado hablando un rato con él.

—No deberías hablar con desconocidos —le dijo ella un poco enfadada.

—Mamá, que no soy un niño. Es una buena persona que sólo quería un poco de conversación. Además, todo el mundo le saludaba al pasar, seguro que tiene muchos amigos.

Cuando Manuel terminó con sus tareas, se fue a su cuarto pensando que le había mentado a su madre; en realidad, aquel hombre no había comenzado la conversación. Había sido él.



Se puso el sol y Alfonso también se marchó de allí y se dirigió al bar. Desde que estaba solo, le gustaba terminar el día charlando un poco y jugando una partida de dominó con algún antiguo compañero de faena, mientras tomaba algo que le sirviera de cena.

Y cuando se durmió, soñó de nuevo con aquella ola inmensa que se tragaba el barco y que había estado a punto de matarle.

«¿Por qué se había salvado? ¿Acaso le quedaban todavía cosas que hacer en la vida?», se preguntaba a menudo.

Manuel volvió a encontrarse con Alfonso al día siguiente y esta vez le pidió que vigilara a Caín mientras él iba a comprar algo que su madre le había encargado.

—¡Caín, busca! —y le tiró un palo tan lejos como pudo.

Fue la primera vez en mucho tiempo que disfrutó jugando con aquel perro que le recordaba tanto a Pirata, muerto hacía dos años, y además hizo un poco de ejercicio, en lugar de quedarse sentado toda la tarde en una roca leyendo el periódico. Alfonso se sintió rejuvenecido, aunque con el cuerpo cansado de tanto correr detrás del perro.

Cuando Manuel se acercó, se dio cuenta de que Alfonso había olvidado el periódico encima de la roca y sus hojas volaban ya por toda la playa.



—¿Quiere que las recoja ? —se ofreció Manuel.

—No, no te preocupes, chico, es que se me ha pasado el tiempo volando mientras jugaba con Caín y me he olvidado del periódico.

Aquella noche Manuel estuvo pensando cómo podía ayudar al pescador. Le estaba cogiendo cariño y quería hacer algo por él, pero la idea que se le ocurrió le exigía tomar una difícil decisión, así que habló con su madre:

—Mamá, he pensado que ese hombre mayor que he conocido en la playa está muy solo y yo puedo ayudarle.

—Me parece muy bien, hijo, ¿y qué piensas hacer?

—Voy a regalarle a mi perro. No te imaginas lo feliz que fue ayer, jugando con Caín. Creo que le vendrá muy bien su compañía.

—¿Estás seguro, hijo? Ahora Caín es tu mejor amigo...

—Sí mamá, estoy seguro, sé que lo necesita más que yo, aunque no sé si Caín querrá quedarse con él. Mañana se lo llevaré a la playa y veré qué pasa.

Cuando al día siguiente Manuel le hizo aquel regalo, Alfonso se emocionó tanto que se le escaparon unas lágrimas. Hacía mucho tiempo que alguien no pensaba en él y al principio se quedó un poco sorprendido, por eso le dijo:

—Te lo agradezco mucho pero piénsatelo mejor, Manuel, es tu perro y seguro que no querrá quedarse conmigo.

—Lo he pensado bien Alfonso, ahora sólo espero que Caín se acostumbre a vivir en su casa. He visto cómo juegan y sé que usted le cae muy bien, no crea que se porta así con todo el mundo.

Manuel dejó a Caín correr y saltar por la playa junto al viejo pescador y, mientras se marchaba, se dio cuenta de que los dos estaban muy bien juntos, aunque, de vez en cuando, el perro se paraba y le miraba, como si no supiera muy bien qué hacer, a quién seguir.

Al día siguiente, Manuel sentía curiosidad por averiguar si Caín se había adaptado a su nuevo dueño y bajó a la playa, como todas las tardes.

Cuando el perro le vio llegar, empezó a ladrar y corrió a su encuentro lleno de alegría, dando saltos sin parar mientras miraba también al pescador.

Entonces se dio cuenta de que Alfonso venía hacia él con algo en la mano.

—Toma, Manuel —le dijo—, éste es un regalo para ti. Es mi diario de navegación. Aquí está la relación de mares que he surcado, los países que he conocido, mis mejores y peores experiencias, en definitiva, la historia de mis cincuenta años de pescador. Cuando volvía de la mar, me gustaba escribir un pequeño resumen de lo que había vivido. No sé si te servirá para algo, pero es lo único que te puedo regalar.

—Gracias —contestó emocionado—, pero no necesito que me regale usted nada.

—En realidad, siempre había pensado en dárselo a alguno de mis hijos, pero ellos casi no vienen a verme y no creo que les hiciera mucha ilusión tenerlo.

Manuel cogió el cuaderno desgastado por el tiempo con respeto y le dijo:

—Yo sí lo leeré, me hace mucha ilusión, se lo aseguro. Muchas gracias, Alfonso.

Sintió una fuerte emoción, le dio un abrazo y se despidió, mientras corría por el muelle deseando llegar a su casa para empezar a leerlo. Cuando Manuel dijo al llegar que se iba a su cuarto a descansar, su madre pensó que estaba enfermo. En realidad tenía unas ganas inmensas de descubrir lo que ponía en aquellas hojas de papel. Toda la vida de aquel hombre estaba allí, en sus manos, y él no podía esperar al día siguiente para comenzar su lectura.

Con cada página, Manuel se metía más y más en aquellas experiencias que vivió el pescador. Conoció el nombre de mares y de peces de los que nunca había oído hablar, se rió de las bromas que le gastaban sus compañeros y descubrió la angustia de un ser humano cuando salía a la mar por varios meses, sin estar seguro de regresar. También aprendió que el miedo no tiene edad y pudo imaginar aquella última ola del otoño que por poco acaba con la vida de Alfonso y del resto de la tripulación.

Empezó a pensar que su vida como pescador había sido muy emocionante pero ahora se encontraba solo, sin sus amigos de siempre y sin el consuelo de tener a sus hijos y nietos cerca.

Manuel, con el deseo de aliviar su soledad, buscó la manera de poder visitarle todos los días un rato con el pretexto de ver a Caín, y, mientras paseaban juntos los tres por la playa, hablaban de muchas cosas. Aquellas charlas con el viejo pescador le ayudaron a crecer y a madurar, mientras las olas seguían rompiendo cada día contra las rocas.

A menudo pensaba que aquel cuaderno de bitácora había sido el mejor obsequio que le habían hecho en toda su vida, y nunca se arrepintió de haberle regalado su perro a Alfonso, pues Caín se convirtió en un compañero inseparable que le ayudó a recuperar su sonrisa y sus ganas de vivir.



